

# LA BRISA DE CHILE.

Año I.

San Felipe, 6 de Febrero de 1876.

No. 7.

## SUMARIO.

“La Brisa de Chile,” por la Redaccion.—María, por Carlos A. Berro.—Brisa del norte, por Enriqueta Solar.—Una heroína sanfelipeña, por Indalicio 2.º Diaz.—A Manuela Espiñeira de Baeza, poesía, por Hortencia Bustamante de Baeza.—Folletín: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuacion).—Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

## “LA BRISA DE CHILE.”

(SU OBRA.)

Nuestro periódico ha entrado en el segundo mes de su publicacion; ha dado el primer paso en la senda de las letras, i al terminarlo cree de su deber decir a su público unas cuantas palabras, i dar las mas expresivas gracias a aquellas personas que se han servido ayudarlo i alentarle en su empresa.

Al tratar de llevar a cabo nuestra idea, hemos encontrado obstáculos invencibles en el camino que felizmente hemos vencido, i no nos han arredrado las decepciones que se nos han presentado a cada paso. Puesto que vamos en pos de un fin, lucharemos con valor hasta llegar al término de ese fin; i el primer paso lo hemos dado con acierto.

Podemos decir que el primer paso de LA BRISA DE CHILE ha sido feliz i que ha principiado a realizar el objeto de sus nobles propósitos.

Manifestamos aquí nuestro mas sincero agradecimiento hácia las numerosas señoras i señoritas que se han suscrito a nuestro periódico, i, confesamos con franqueza, no esperábamos del bello sexo una proteccion semejante; pero felizmente nos hemos engañado: en él es donde hemos encontrado mas entusiasmo, mas aliento.

Donde hemos encontrado una glacial indiferencia, ha sido en ese grupo de pretenciosos *dandys* que suponen saberlo todo i que solo saben las noticias del dia porque las oyen decir a otros, o las leen

en casa de algun amigo; pero que sí están al cabo del modo de ponerse la corbata, el guante i esperan con impaciencia el último figurin.

A las dignas señoritas colaboradoras i colaboradores, podemos decir: “Aquí tenemos vuestra obra, ella hablará por vosotros.”

Concluiremos estampando al fin de estas líneas uno de nuestros principales propósitos que estampamos en el primer número:

*Entramos con valor en nuestra tarea, emprenderemos con ahinco la cruzada, i nos esforzaremos por sostener nuestra publicacion a despecho de cuanto contratiempo i decepcion se nos presente.*

LA REDACCION.

## MARIA.

(Conclusion.)

Los mas encontrados sentimientos pintábanse en todos los rostros pálidos de ansiedad; en fin, fuese debilitando poco a poco el ruido del lejano cañoneo, que se apagó por fin para sucederle un silencio mas terrible, si cabe, que el estruendo mismo del combate.

Agrupados a la entrada del pueblo un gran número de personas, aguardaban el resultado de la batalla. Una nube de polvo se divisa al fin, algunos jinetes se presentan a escape. Sus facciones están demudadas; la rabia, la desesperacion i la vergüenza están pintados en ella. Cien bocas se abren al mismo tiempo para preguntarles por el éxito, i ellos, con una voz alterada por el despecho i la vergüenza, les contestan: Todo ha sido inútil; hemos sido vencidos; ocultaos, huid ántes que llegue el enemigo.

Un grito de dolor acoje aquellas palabras, ya nadie piensa sino en buscar su salvacion o en demandar en vano noticias de sus deudos o amigos.

El dia iba ya a perecer. El cielo, tan tranquilo momentos ántes, empezaba a cubrir esas negras nubes que levanta el viento del norte en el verano i que anuncia la horrible tempestad.

El calor era sofocante i reinaba en la naturaleza el majestuoso silencio que precede a la borrasca. La proximidad de la noche añadia mayor tristeza a aquella hora.

Ennegrecidos los rostros por el humo i el polvo, desencajadas las facciones por el cansancio i el dolor, palpitantes sus pechos de ansiedad, cuatro jinetes galopan hácia el pueblo de X., aguijoneando con impaciencia sus fatigadas cabalgaduras. Difícil habria sido conocer en ellos a Pedro Hernandez i tres de sus soldados.

El i uno de sus compañeros vienen heridos, la sangre que mancha sus vestidos lo indica demasiado. El ejército ha sido destruido; aniquilado su batallon; ya no hai esperanza de victoria ni resta otro partido que tomar que la fuga. Apénas si en medio de la derrota i la confusion ha podido él reunir aquellos fieles amigos i corriendo mil peligros llegar hasta X.

Es preciso huir al extranjero, i ahora viene aquel infeliz a buscar aquellos pedazos de su corazon que dejara en su tranquila morada, a robarlos al furor del enemigo i llevarlos con él a llorar en lejana tierra por el cielo i la desdicha de la patria.

Por fin, hé ahí de nuevo ante su vista la blanca i alegre casa de la colina, rodeada de flores, tan linda como siempre. Ahí está, medio oculto entre los árboles i las tupidas enredaderas que suben por sus pilares i se estrechan en sus balcones, ese nido donde ayer no mas descansaban felices i tranquilos tantos seres queridos, al murmullo de la mar cercana. Ahí está ese hogar, bajo cuyo techo acarició tan dulces esperanzas, desvanecidas ya por los golpes de la suerte. ¡Ah! cuántos sentimientos no ajitarían su pecho al acercarse otra vez a aquella morada i al pensar que el sol del medio dia iluminaria talvez sus escombros.

¿I qué seria de él? ¿qué de los seres queridos que allí habia dejado? ¡Ah! ¿quién podia saber qué término podia tener aquella triste jornada!

Lágrimas ardientes, dos lágrimas que abrazaban, de esas que brotan de los ojos cuando el dolor destroza el corazon, rodaron de sus ojos al contemplar aquella casa i aquellos sitios donde habia sido tan feliz en otro tiempo.

A aquella misma hora, de rodillas ante la imájen del Salvador i su Santa Madre, la familia de Pedro eleva a Dios una de esas plegarias que el dolor arranca a nuestro corazon, cuando ha muerto en él toda esperanza en los medios terrenales i solo nos resta acojernos a la misericordia del Señor.

Las noticias que habian recibido del campo de batalla eran tristes i desalentadoras.

Pedro habia sido herido, la mayor parte de sus soldados habia muerto o habia caído prisionera i nadie sabia qué direccion habria tomado él en medio del desórden i la desespera-

cion que se habia seguido a la derrota. Pero de repente, la puerta de la habitacion se abre, i Pedro i sus compañeros se precipitan en ella. Un grito de júbilo se arranca de todos los pechos, todos se estrechan entre los brazos con amor, i las lágrimas corren tambien al observar las heridas que los cubren. En vano trataria yo aquí de pintar aquella larga escena, en que el dolor i el placer embargaban al mismo tiempo la voz a los actores, en que se confundian los sollozos i las palabras de agradecimiento al Señor.

—Ya lo sabeis, dijo por fin Pedro, hemos sido vencidos. El enemigo nos persigue i es preciso huir, huir ántes que sea tarde i nuestra propia desgracia sea tan grande como la de nuestra patria.

—¡Huir! abandonar nuestra casa, todo lo que poseemos, nuestra patria... ¡Dios mio!

—¡Huir! Pero ¿cómo? ¿por dónde?

—Corramos a la costa; allí nos aguarda un bote que nos conducirá hasta ese buque cuyos mástiles hemos divisado al acercarnos aquí... ¿Quién podria negarnos un asilo? Reune todo el dinero que tengamos, nuestros objetos mas caros i partamos al momento, ántes que la tempestad venga a favorecer a nuestros perseguidores.

I envueltos en las primeras sombras de la noche, partieron aquellos desgraciados, sintiendo rujir sobre sus cabezas el sordo murmullo de la tormenta que se aproximaba i parecia la voz de la fatalidad que sonaba en el espacio, anunciando a ta tierra horribles desgracias. Un viejo servidor de la casa guiaba la triste comitiva; María llevaba en sus brazos al menor de sus hijos que contaba apénas algunos meses, i a su lado venia Pedro, su madre, que llevaba al otro niño i sus demas compañeros de desgracia. Nadie se atrevia a romper el silencio que solo interrumpian de tiempo en tiempo los sollozos de las mujeres o algunos vajidos del tierno niño.

Ya iban a salir de la propiedad de Pedro, iban a llegar ya a la playa, veian ya a poca distancia brillar de un modo fantástico en medio de la oscuridad de la noche la espuma del mar, que se rompía bramando contra las peñas, cuando parecióles oír a sus espaldas un confuso ruido como de voces que victorean. Temblando de zozobra detuviéronse a escuchar.

—No es nada, dijo Pedro; talvez el ruido de la tormenta, sigamos.

—¿Oís? exclamó a poco uno de sus compañeros, aplicando a tierra el oído; ¿no oís el galope de los caballos, el ruido de las armas? ¡Ah! ¡Ya están ahí! ¡Han descubierto nuestro camino; estamos perdidos!

—Todavía nó, exclamó Pedro, que era el único que conservaba su saugre fria en aque-

llos instantes. Ocultémonos entre estos árboles, talvez pasarán sin vernos i se dirijirán al pueblo donde creerán tomarnos. No hai otro medio de salvacion; seguidme todos i que Dios nos ampare.

El lugar donde se refugiaron era un pequeño cenador formado por tupidos álamos que estrechaban entre sus lazos algunas enredaderas, que habian llegado a formarle un hermoso techo con sus verdes hojas i azuladas flores. Aquel era el sitio predilecto de la familia, allí venian en las hermosas tardes del verano i la primavera a gozar de la vista del mar i descansar de sus largos paseos por la playa. En su interior reinaba la mayor oscuridad, era imposible que los pudieran ver al pasar. Las mujeres se habian refugiado en el fondo i los hombres ocultos entre las ramas a la entrada del cenador, pálidos los rostros i empuñando las armas con desesperacion, aguardaban el desenlace de aquella terrible situacion. Si el estampido de algun trueno que estremecia el espacio o el ruido de las hojas lo hubieran permitido, se habria podido oír los latidos de aquellos corazones. El galope de los caballos se sentia cada vez mas cercano i se oian ya distintas las voces de los soldados.

—Silencio, dijo Pedro con solemne voz; silencio o somos perdidos.

En aquel instante un relámpago iluminó el espacio con siniestro resplandor i un espantoso trueno conmovió la tierra.

El niño que María tenia en sus brazos, aterrado, prorrumpió a llorar. Todos con terror clavaron una mirada de angustia en la madre que estrechaba al hijo contra el seno, procurando apagar su llanto. Nadie habia pronunciado una sola palabra; pero en aquella mirada ¡cuánto no habian dicho! Un estremecimiento de horror ajitaba el cuerpo de María. En aquel instante se jugaba la vida de su esposo i de sus compañeros i talvez la de todos ellos. El niño, entre tanto, no cesaba de llorar, i los perseguidores iban ya a llegar frente al cenador. María, en medio de la mas horrible desesperacion, estrechaba convulsivamente a su hijo, a quien habia envuelto entre los pliegues de su manto. Si la oscuridad lo hubiera permitido, se habria visto su rostro cubierto por la palidez de la muerte i que surcaban lágrimas de fuego mientras cubria de besos a su inocente niño. Durante algunos instantes escucháronse sus débiles vajidos, despues guardó un profundo silencio como si hubiera podido comprender la inmensidad del peligro. Entre tanto, desfilaban por el estrecho sendero los enemigos que marchaban en el mayor desorden con la confianza del vencedor. A cada grupo de soldados sucedíase otro nuevo; parecia que detenian el paso al cruzar ante aquellos desgraciados. Los segundos parecian siglos. Por fin acabaron de pasar i desaparecieron del todo.

—¡Ah! exclamaron todos, ¡nos hemos salvado!

—Corramos al mar, dijo Pedro, i se lanzó fuera del cenador seguido de los demas.

María tambien se habia puesto de pié, i descubriendo el semblante de su hijo, le cubria de besos, mientras la alegría inundaba su alma i se pintaba en su rostro. Mas, aquello duró solo un instante. Un estremecimiento ajitó de repente todo su cuerpo, sus manos temblorosas desenvolvieron al niño entre los pliegues del manto, le estrechó de nuevo contra su corazon cual si quisiera oír de nuevo en él sus latidos, i lanzando despues un grito horrible se arrojó tras los demas que se alejaban ya. Todos se detuvieron espantados i volvieron sus rostros como para preguntarse al destino qué nueva afixion les reservaba. María se aproximaba a su esposo, tendidos los brazos en que llevaba a su hijo. Los labios de la infeliz madre se ajitaban convulsivamente, sin que la emocion le permitiera pronunciar una palabra; sus facciones estaban lívidas i sus ojos saltados de sus órbitas brillaban con un resplandor siniestro. Un nuevo relámpago iluminó el espacio, i María, estrechando a su hijo con desesperacion, cayó desplomada exclamando:

—Yo lo he muerto. ¡Hijo mio!

Un grito de horror acojió las palabras de aquella infeliz, que se revolcaba en el suelo repitiendo aquellas terribles palabras. En aquel instante la idea del peligro desapareció por completo de la mente de todos. Inmóviles los unos ante la inmensidad de aquella desgracia, semejaban las estátuas del dolor siniestramente iluminadas por la luz de los relámpagos; desesperados los otros, en medio de sus sollozos, esforzábanse en vano por arrancar de entre aquellos brazos el cadáver del niño, ya con lo fuerza, ya con súplicas que no parecia oír la desdichada madre. Esta lucha i esta escena duraba hacia un momento, cuando una voz áspera e imperativa gritó a su lado:

—¡Entregaos!

Estaban rodeados de soldados enemigos que los amenazaban con sus armas.

—¡Ah! exclamó Pedro con ronca voz; acabemos de una vez, i arrojando lejos de sí las suyas, se cruzó de brazos. Nadie pensó en defenderse, todos entregaron las armas i, escoltados por los enemigos, emprendieron la marcha hácia el pueblo. La tempestad acababa de desencadenarse i la lluvia caia a torrentes. María seguia la lúgubre comitiva. A veces pintábase en su rostro un entusiasmo inmenso i besaba con alegría a su hijo que llevaba entre sus brazos; pero de pronto palidecia i lanzando gritos desgarradores, repetia:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡lo he muerto!

I queria huir de en medio de sus compañeros de dolor que la detenian.

La pobre María se había vuelto loca.

Al día siguiente el sol apareció brillante en el horizonte, la borrasca había pasado i el cielo parecía aquella mañana mas azul i transparente, la naturaleza toda mas hermosa i risueña que nunca.

Aquella alegría formaba un horrible contraste con las tristes escenas que en aquel momento presenciaba el pueblo de X.

Al pié de la alta tapia que resguarda la morada de los que duermen el eterno sueño, un hombre jóven todavía, sereno aun en el último instante de su vida, caía desplomado a tierra al golpe de las balas con que sus vengativos enemigos acababan de atravesar su pecho.

Aquella víctima era Pedro Hernandez.

A la misma hora en que las puertas de la eternidad se habrían para él, las puertas de un triste calabozo de la cárcel se habrían para dar paso a algunos soldados que iban a sacar de allí a la esposa i a la madre de Hernandez. En el fondo de aquel calabozo veíase tendida una mujer que estrechaba a un niño contra su seno; en el otro extremo, recostada contra la pared i sosteniendo a otro que lloraba entre sus brazos, veíase a una anciana cuyo rostro desfigurado expresaba sobrado lo que pasaba en su alma.

Al ver a los soldados que penetraban en la habitacion, se puso de pié como movida por un resorte, avanzó hácia ellos como la leona que defiende su última guarida, i sus labios ajitados por la rabia i la desesperacion, pronunciaron en voz terrible estas palabras:

—¡Infames! ¿Qué buscais aquí? I tendiendo su brazo hácia los que yacian tendidos sobre el pavimento: Venid, venid a gozaros, exclamó, en vuestra obra. ¡Ahí teneis a vuestras víctimas!

Aquella mujer era la madre de Pedro; aquel nuevo cadáver el de María. Aquella noche el alma de la infeliz madre había ido a reunirse a las de su esposo i de su hijo.

La alegre casa de Pedro se levanta aun sobre la colina que domina a X.; pero ya no hai en ella la alegría, la dicha de otros días. Allí viven los que salvaron a las terribles desgracias que enlutaron aquel lugar i quien, en aquella misma tarde que me contaste esta historia, había colocado sobre la blanca cruz una corona de hermosas flores tejida por sus propias manos.

CÁRLOS A. BERRO.

## BRISAS DEL NORTE.

Se abren anchos horizontes; principia una era nueva para la mujer; asoma la aurora de su emancipacion. LA BRISA DE CHILE anuncia el elevado propósito de educarla, de ilustrarla, de rejenerarla, en fin. ¡Salud a esa nueva aurora que ilumina los Andes!

Llevad lijeras brisas el eco de nuestras simpatías a la ciudad jenerosa, foco de donde irradian tan brillantes reflejos! ¡Ofreced el voto de nuestras adhesiones a la grande idea de propagar la luz de la civilizacion; presentad esta ofrenda, harto pequeña para empresa tan magna!

¡Hermosa propaganda la que tiene por objeto el cultivo de las bellas letras!

Sean ellas el lazo de alianza que una dos pueblos hermanos, casi extraños hasta ahora; sean mensajeros de paz, de progreso i de felicidad.

¡Hijas del Aconcagua! asociémonos a tan noble tarea, únanos un mismo pensamiento. Cultivemos las letras i ellas serán el faro que nos señalen los escollos en las borrascas de la vida, el arca santa adonde iremos a buscar un refujio que nos salve de nosotras mismas cuando nos veamos asaltadas por el embate de las pasiones, cuando nos hallemos abrumadas por el cansancio, el hastío i las descepciones.

Con su ayuda nos crearemos un mundo ideal que nos consuele de la triste realidad. Ellas nos transportarán, en alas de la fantasía, a una eden de luz sin sombras, de flores sin espinas, de árboles que solo den frutos de venturanza, de arrollos cristalinos, cuyas aguas no oculten ningun veneno; a un paraiso donde no hallan manzanas de discordias, ni serpientes tentadoras.

Volad, brisas mensajeras, volad a esa bella ciudad, que hará grande un día la cultura i el amor patrio que distingue a sus nobles hijos. Regresad trayéndonos felices nuevas; prometted volver si en ella sois bien acogidas.

ENRIQUETA SOLAR.

## UNA HEROINA SANFELIPEÑA.

(Continuacion.)

El agudo sonido de un pito vino a interrumpir por un momento la amorosa conversacion de los dos amantes.

—Matilde, dice Eduardo, ¿lo oyes? mi guia

me llama, debo partir inmediatamente, las horas corren veloces i tengo que hacer una jornada tan larga . . . Las cabalgaduras deben estar prontas, dentro de tres horas pasaremos la cuesta de Chacabuco, al amanecer nos encontraremos en Santiago, i entónces ¡ai! del bárbaro San Bruno ¡ai! de sus pérfidos secueces! . . .

—¡San Bruno! exclama Matilde, el pérfido, el criminal, el matador de tantas víctimas inocentes, ¡ai! yo le detesto, le odio . . . no obstante de que mi madre me ha encargado siempre que ruegue a Dios porque se arrepienta.

—No sé cómo pueden vivir sobre la tierra hombres tan criminales. Tú bien lo sabes, Matilde: San Bruno fué el asesino de mi padre. . .

Aquí se detuvo Eduardo, su respiracion era interrumpida por sollozos i gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Matilde tambien lloraba.

—Matilde, continuó Eduardo, ¡cuán doloroso es abandonar el objeto amado por ir en busca de una muerte que se ignora; cuánto llora el corazon! . . . Pero ¿qué hacer? . . . pronto a cumplir un sagrado deber. Se trata de los intereses mas sagrados de mi hogar i de mi patria. Mi madre que, como tú sabes, ahora se encuentra enferma; al despedirme de ella despues de darme su bendicion, me dijo: "Vé, hijo mio, i salva a tu hermano;" a mi hermano Carlos, Matilde, que está prisionero en la cárcel de Santiago, a quien todos los demas compañeros queremos salvar. Sí, Matilde, debo defender mi hogar i mi patria, asediada por usurpadores i asesinos, i seria un cobarde si no lo hiciese. No sé si en la empresa moriré, pero si muero, moriré cumpliendo mi deber.

—Sí, Eduardo, dices bien, cumple tu deber. Aunque yo sé que sin tí no podré vivir, aunque sé que estos dias van a ser para mí dias de dudas e incertidumbres, dias de sufrimientos terribles, aunque sé cuánto voi a sufrir. . . ¡oh, Dios! aunque sepa que moriré, te diré: *Cumple, Eduardo, ante todo tu deber.* Primero el deber sagrado del hogar, de la familia, de nuestra cara patria, i despues nuestro amor, aunque sea . . . dijo dejándose caer en el respaldo de su silla, ahogada en llanto, aunque sea . . . despues de la muerte.

—¡Matilde!

—Pero nó, continuó con una voz suplicante i conmovedora, yo no te abandonaré, yo iré contigo . . . A mí tambien me lo obliga el deber . . . yo iré a ayudarte a vengar a tu padre i salvar a tu hermano. Juntos los dos combatiremos con heroismo i valor, los dos nos ayudaremos i la muerte nos será dulce entónces, porque moriremos juntos, unidos, confundidos en un solo abrazo . . . ¿No es verdad que iremos los dos? ¿No es verdad que me llevarás, Eduardo mio?

—¿Tú, Matilde, ir al combate? nó, no lo consentiré. ¿No conoces acaso la fiereza de los españoles? ¿Tú ir a sufrir los sufrimientos que

apénas nosotros resistimos? Nó, Matilde, nó. Yo me vengaré, te lo juro; i si salimos victoriosos, al instante nos uniremos ante Dios i los hombres. Pero combatir tú, una tierna niña, nó, Matilde, nó.

—¿I por qué nó? ¿Acaso porque soi mujer no corre la valiente sangre de mis padres por mis venas? ¿Acaso porque soi mujer no resistiré a la accion del combate, no tendré valor para combatir entre el ruido de la metralla i el humo de la pólvora? . . . ¿Acaso porque soi débil mujer no tendré fuerzas para disparar un tiro, morir heroicamente defendiendo a mi patria i vengando a mi amante? ¿Acaso porque soi débil? . . .

No pudo proseguir: la ahogaba el llanto.

—¡Matilde! ¡Matilde! tus palabras me animan, me infunden cierto valor i confianza que ántes no poseía. ¿I por qué pensar en un oscuro porvenir? ¿por qué no hemos de triunfar?

—Yo todo lo espero de *Aquel* que vela por nosotros.

—Sí, i si la suerte se muestra impía con nosotros i muero en la lucha, te prometo que las últimas sílabas que articulen mis labios serán las de tu nombre. Mi último aliento, mi último suspiro será para tí, Matilde.

—Yo moriré entónces, dijo Matilde con una voz entrecortada por sollozos; i si no nos unimos aquí, nos uniremos allá en el cielo i Dios bendecirá nuestra union.

—¡Adios, Matilde! exclamó Eduardo, estrechándola entre sus brazos.

—¡Adios! . . .

El viento que corria vino a acariciar los cabellos de los tristes amantes i a formarles como una corona nupcial.

El eco de un fuerte beso se dejó oír en el patio, i Eduardo, desasiéndose de los brazos de su amada, partió precipitadamente.

INDALICIO 2.º DIAZ.

(Concluirá.)

## A MANUELA ESPÍNEIRA DE BAEZA.

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Bella Manuela, no llores,  
Calma tu intenso delirio  
I arroja ese cruel martirio  
De tu herido corazon . . .

No te abatas por mas tiempo,  
Tortolilla enamorada,  
Que de tu bien separada  
No encuentras dicha ni paz;

Recurre a la Virgen santa  
I Ella te dará consuelo,  
Pues eres buena i al cielo  
Tu plegaria subirá;

Ruégale te enjague el llanto,  
Con su mano santa i pía,  
I que vuelva la alegría  
En tu pecho a renacer;

Ruégale vuelva la calma  
A tu corazon herido,  
Por tu Manuel, que has perdido  
I que no puedes hallar....

Entónces oirás que María  
Te dice con dulce acento:  
"Contempla el cielo un momento  
I a tu hijo verás en él...."

Santiago, mayo 20 de 1874.

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

FOLLETIN.

## LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

—¿No es verdad? añadió volviéndose a Blanca i acercando tanto su cabeza a la de la jóven, que sus toscos labios casi tocaron la frente de ésta.

Blanca, de pálida que estaba, se tornó lívida.

Por un impulso enérgico e instintivo se paró del banco en que estaba sentada i retrocedió con espanto.

El cacique prorrumpió en una risa sardónica, a la que su embriaguez daba un tono tan horripilante, que Blanca principió a temblar como un débil árbol sacudido por el huracan.

—¡Já!... ¡Já!... ¡Já!... Creo que mi novia me tiene miedo, exclamó Tagaltahua, completamente trastornado por los vapores del aguardiente, que habia venido a reemplazar la chicha, ya agotada.—¡Vamos Manque! id a traer al fraile, id a traerlo aquí, ahora mismo, inmediatamente... ¿Oyes? ¡Quiero que venga!

El acento con que Tagaltahua pronunció

las últimas palabras, era tan imperioso, que el dueño de casa, a quien el cacique daba el nombre de Manque, se paró como para obedecer, sin embargo de lo extraño del mandato, i salir a campo raso, en una noche oscura, lloviendo a cántaros, como suele decirse.

Tagaltahua, repitiendo siempre su orden con esa pertinacia obstinada de los borrachos, se paró, quizás para seguir hablando, pero no alcanzó a dar un paso. Cayó al suelo pesadamente.

La embriaguez del cacique habia llegado a su último término.

Un instante despues de la caída dormia profundamente.

Un poco mas tarde, toda la comitiva siguió el ejemplo de su jefe, quedando solo despiertos Manque i un otro moceton, cuya fisonomía mas intelijente que la de sus compañeros, tenia cierta expresion de curiosidad que la animaba desde que Tagaltahua habia hablado del fraile conocido de Manque.

Este último contemplaba el sueño de Tagaltahua con cierta satisfaccion, como quien escapa de un peligro; así es que apénas se cercioró de que el cacique no despertaria ya por esa noche, invitó al moceton para que le ayudase a colocarlo en un rincon del rancho, donde le arreglaron un lecho lo mejor que les fué posible.

Manque, interesado en que durmiera hasta el dia siguiente, lo rodeaba de todas las comodidades inajinables, para hacer duradero el casi letargo del cacique.

No habia querido, por nada de este mundo, oír a Tagaltahua repetir de nuevo la orden de traer al capuchino.

Tranquilos ya respecto al sueño de su jefe, Manque i el moceton volvieron a ocupar sus respectivos lugares.

Apénas restablecido el orden, este último dijo al primero:

—I dime, Manque, ¿qué hai en eso que te decia Tagaltahua, de que le fueses a traer un fraile; ¿era solo idea de borracho?

—Nó, contestó Manque. Es cierto que yo, yo mismo, he visto en mucha ocasiones, de noche, he visto, repito, un hombre con hábitos negros, la cabeza cubierta i zapatos de cuero, sujetos al pié con tiritas del mismo cuero. I no solo yo lo he visto; tambien lo han encontrado por el campo mi compadre José i mi compadre Antonio. Es conocido en todos los alrededores. Lo llaman el Ermitaño. Nadie lo ha oido hablar, ni nadie tampoco lo ha visto de dia. Algunos creen que es brujo i yo tambien lo creo. Al ménos no ha de ser cosa buena.

—¿Por qué? interrogó el moceton.

—Porque es español lo que se conoce en su cutis blanco i su pelo rubio. Camina con los ojos pegados al suelo, i tiene la cara mui triste, ni mas ni ménos que la señorita Blanca, agregó Manque, dirijiendo sus ojos hácia

la jóven, la que, desde el principio de este singular diálogo, escuchaba con creciente atencion.

—¿Quién sabe si es un monje que hace penitencia! dijo el moceton. Yo le veria de buena gana. ¿Vamos a buscarle, Manque?

(Continuará.)

## REVISTA DE SAN FELIPE.

¡Salud, hermosas lectoras! Héme aquí, al fin, a vuestras órdenes. Por un ataque sufrido en mi salud, no habia tenido por tanto tiempo el placer de saludaros, como os lo habia anunciado mi querido amigo Luchito. Pero hoi, hoi lo hago con aquella alegría con que se saluda a una persona querida que no se ve por mucho tiempo. ¡Con que salud, mil veces salud, queridas lectoras!

\* \*

La semana que ha terminado nos ha proporcionado muchas noticias.

El miércoles desde temprano corrian rumores con insistencia de que en la sesion municipal que tendria lugar en la noche de ese dia, el honorable señor Castillo interpelaría al intendente sobre la conducta abservada por el tesorero municipal para con varios preceptores de instruccion primaria; a fuer de curiosos i de revisteros asistimos a aumentar la numerosa barra que habia en la borrascosa sesion de que nos ocupamos, i vimos la sala municipal convertida en el palenque de agresivas polémicas i de soeces i groseros insultos, desagradables acontecimientos que por todos estos dias han sido el tema obligado de las conversaciones.

Publicamos a continuacion la borrascosa sesion, para que por ella nuestros lectores puedan tener alguna idea de los incidentes de esa noche:

Enero 2 de 1876.—Se abrió la sesion, presidida por el intendente interino don José Antonio Luco, con asistencia del señor alcalde don Lindor Castillo, de sus rejidores don Juan Bruna, don Belisario Caldera, don Benjamin Collantes, don Abelino Figueroa, don David García, don Eufrasio Quiroz i don Manuel Jesus Robles, el secretario i el tesorero.

Leida i aprebada el acta de la sesion anterior, el secretario dió cuenta de una sesion de la comision de alcaldes i del informe de la comision nombrada para examinar ciertos trabajos municipales.

### INTERPELACION.

*El señor Caldera.*—Pido la palabra para hacer al señor presidente una pregunta que espero de la amabilidad de su señoría me será contestada.

No se habla de otra cosa en la ciudad que de un incidente ocurrido ayer en la oficina del

tesorero municipal, en que son actores este funcionario de la corporacion i el preceptor de escuela señor Salazar.

Parece, segun la version mas autorizada, que el señor tesorero, por una negativa del señor Salazar a firmar cierta acta política, a lo que creo, arrojó a empellones i aun armado de una herramienta de marcar animales, a un digno empleado de la instruccion primaria, que acababa de recibir el sueldo en su oficina.

Si el hecho es cierto, tiene tal gravedad, que la ilustre corporacion no podría dejarlo pasar desapercibido sin desdoro de sus fueros.

Ruego a su señoría se sirva decirme lo que sepa sobre el particular, i dado caso de que el hecho sea verdadero, qué correctivo ha creido conveniente aplicar al reo del delito.

En la luz que arroje la contestacion de su señoría, hallaré base para someter una indicacion a la honorable sala.

*El señor Luco* (presidente).—Niego a su señoría el derecho de interpelarme sobre este asunto, que es meramente político. La Municipalidad no es un cuerpo deliberante: debe únicamente ocuparse de las mejoras locales...

*El señor Caldera.*—Por la propia dignidad de su señoría i por el respeto que debe a la Municipalidad, esperaba fuese otra la contestacion que me diese su señoría. ¿Es decir que la Municipalidad no tiene el derecho de vijilar la conducta funcionaria de sus empleados?

*El señor Luco* (presidente).—Nó, señor; aquí en la sala no debe ocuparse mas que de la localidad.

*El señor Caldera.*—¡Magnífica teoría!

*El señor Luco* (presidente).—Ud. quiere hacer de la Municipalidad un cuerpo político i yo no lo permitiré. Si la cuestion es criminal o administrativa ocurra Ud. a donde correspondal

*El señor Caldera.*—Emplea su señoría una violencia tal de tono i de lenguaje, que parece hubiera venido preparado i prevenido de antemano para tratar de ese modo este gravísimo asunto.

*El señor Luco* (presidente).—Nó, señor, no vengo preparado.

*El señor Caldera.*—Espero, entónces, que su señoría tenga la amabilidad de escucharme.

*El señor Luco* (presidente).—Aunque no debiera tolerar que siguiese este asunto, por cortesía le permito a Ud. que hable.

*El señor Caldera.*—Es mui cortés su señoría. (*Risas*) Aunque me sea mui extraño, me veo en la necesidad de hacer aquí una pequeña clase de derecho, ya que parece que hai en este lugar alguien que lo desconoce por completo.

*El señor Luco* (presidente).—No existe el derecho...

*El señor Caldera.*—¿Suprime su señoría el

derecho? ¡Cómo! La Municipalidad paga empleados para que la sirvan, ¿i no está facultada para fiscalizar los actos de esos empleados, i mas en acontecimientos sucedidos en una oficina municipal? ¿No tiene la Municipalidad el derecho de censurar i aun de separar a un individuo que ella renta para que cumpla con su deber, i que convierte su gabinete de trabajo en teatro de escenas vergonzosas i su escritorio en escritorio de enganches políticos? Si la Municipalidad nada tiene que ver con la política, debe velar porque no se haga política, i mucho ménos política de garrotazos, en su tesorería. (*Aplausos en la barra.*)

*El señor Luco* (presidente).—¡Nó, señor, i ya basta!

*El señor Rodríguez Varas* (tesorero).—Voi a hablar, señor . . .

*El señor Caldera*.—Aun no he concluido.

*El señor Luco* (presidente).—Que se defienda . . .

*El señor Robles*.—No debe hablar sino cuando la Municipalidad lo interrogue . . .

*El señor Luco* (presidente).—¡Que hable!

*El señor Rodríguez Varas* (tesorero).—Esto es mui indigno . . . (*Gran confusion en la barra i entre los señores municipales.*)—Se manda provocar a un hombre mucho mas honorable que el que habla . . . quiero decir, que el que deja la palabra . . . (*Risas i silbidos que prolongan en la barra; los municipales hablan a la vez llamando al orden al tesorero; gran confusion.*)

*El señor Castillo*.—¡Es una insolencia intolerable! . . .

*El señor Robles*.—¡Debe hacérsele salir! . . .

*El señor Caldera*.—¡Permítaseme contestar! . . .

*El señor Luco* (presidente).—¡Es preciso que se defienda! . . .

*El señor Rodríguez Varas* (tesorero).—¡Esos preceptores fueron mandados a insultarme por los mismos que interpelan! . . .

*Varios municipales*.—¡Es una insolencia! . . .

*El señor Luco* (presidente).—Se levanta la sesion.

(*Nuevos silbidos en la barra, que permanece largo rato llena de jente, hasta que aparecen de la secretaría el señor presidente i el secretario.*)

*El secretario*.—¡Se despeja la barra!

*El señor Luco* (presidente).—Ahora nó; para la otra sesion.

(*Silbidos i risas.*)

*Varias voces*.—¡Muchas gracias!

Nuestro teatro va a abrir nuevamente sus puertas, gracias a la actividad del señor Pantoja, que en union de varios aficionados, darán unas cuatro o cinco funciones para celebrar el glorioso aniversario de la batalla de Chacabuco i a beneficio del convento de la Merced.

Para el sábado 12 se pondrá en escena el drama *Las dos Coronas*, i para el domingo 13, *El Collar de Esmeralda*. Variado i bonito es el

programa de las funciones para esas dos noches.

Con que ¡al teatro! los que deseais pasar agradables noches i contribuir con algo a beneficio del grandioso templo en construccion.

\* \* \*

Tambien se prepara un hermoso baile para celebrar el 12 de febrero, i se corre una suscripcion con dicho objeto.

Hai quienes creen que el tal baile se propone un fin político; nosotros autorizados debidamente para ello, declaramos todo lo contrario. Si se llega a realizar la idea del baile, es probable no se alcance a dar hasta los últimos dias de carnavales.

\* \* \*

El juéves en la tarde fué llevado al hospital, por el caritativo párroco señor Gomez, un pobre hombre con una horrible puñalada en el estómago.

Ignoramos mas pormenores.

\* \* \*

Varios de nuestros suscritores se han acercado a nosotros para que digamos algo sobre los bolseros de LA BRISA.

Nos dicen que en cuanto llega el domingo principian los recados i mensajes:

—¿Ha llegado LA BRISA? Cuando llegue me hace el favor de prestármela.

I otros:

—¿Le llegó? i tomándola de sobre la mesa o silla donde se encuentra, salen puerta afuera (como caballo ingles) diciendo:

—Lueguito se la traigo.

I nuestros suscritores se quedan con dos palmos de narices i tienen que sufrir por amor a Dios. Esto sucede todos los domingos. I los señores bolseros leen el periódico con toda calma, primero que los suscritores, saboreándose de que no les cuesta un centavo.

¡Qué tal! ¿Cuándo se acabará la raza de los bolseros? Nunca. Va progresando cada dia i va marchando a la par del siglo.

¡Señores bolseros! ¿por qué no os suscribís a LA BRISA, i así os libraréis de estar incomodando a nuestros vecinos? Si os suscribís hareis un gran servicio al público.

\* \* \*

Al jardin falta uno de sus principales encantos, que es el agua a la pila.

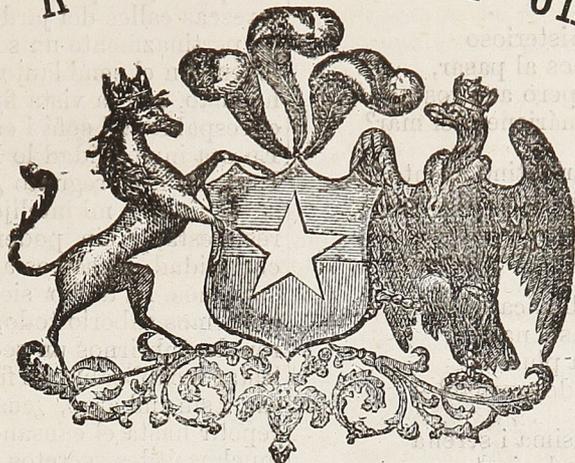
\* \* \*

Esperamos que si el señor intendente se interesa por el bien del pueblo, haga siquiera una vez al mes barrer i regar la Alameda de las Delicias, uno de los principales adornos de la ciudad, i que hoi se encuentra cubierta de tierra.

\* \* \*

Hasta el próximo domingo se despide nuestro S. S.

VICENTILLO QUITAPESARES.



San Felipe, 12 de Febrero de 1876.

### EL SOL DE FEBRERO.

Hoi dia la historia de la República nos recuerda uno de los hechos mas gloriosos que prepararon nuestra emancipacion política, abre a nuestra vista una hermosa página del heróico libro de su vida. La batalla del 12 de febrero de 1817, dada en la cuesta de Chacabuco, es una gloria para Chile i especialmente para Aconcagua, pues fué dada en un sitio aconcagüino, i en ella murieron numerosos de nuestros hermanos de cuna, derramando su sangre por la libertad.

LA BRISA DE CHILE se hace un deber en celebrar i saludar a ese glorioso dia.

¡Sí! ¡Salud a ese sol que un dia iluminara los Andes, trayendo a nuestro suelo la gloria i libertad!

Nuestro corazon late de contento al saludar ese dia; nuestro corazon arde en llama inmensa del amor patrio.

¡Aconcagüinos! salud, mil veces salud a ese espléndido sol.

¡Lectoras! Si el sol de febrero alumbró un dia nuestra patria, para traernos libertad, que hoi dia el sol del progreso ilumine nuestro Chile, trayendo el grandioso lema de *Ilustracion de la mujer*.

MARÍA LUISA.

### EDELMIRA A.

Edelmira es el nombre de una niña,  
Mal digo, de una célica beldad,  
Que a este pálido erial de pena i riña  
Dios envió como un sol en su bondad.

Yo quisiera deciros como es ella,  
Como es su rostro dulce, sin igual;  
Pero ¿quién puede retratar la estrella,  
Quién puede hacer terreno lo inmortal?

Vosotros los que visteis en la altura  
Entre nubes la luna fulgurar,  
Allá cuando cansados de amargura  
Os ibais a la selva a suspirar.

Vosotros los que oisteis en la tarde  
Jemir la brisa en la enramada umbría,  
Los que oisteis cantar en blando alarde  
Al triste cisne en la ribera fria.

Yo quiero que admireis a mi querida,  
Que entoneis en alabanza con mi voz:  
Es mujer mas hermosa que la vida,  
La obra mas perfecta de mi Dios.

¿Visteis allá cuando en la mar tranquila  
Sobre verde cristal luce la luna,  
I el rayo nacarado que titila  
Parece al alma sonreir fortuna?

I talvez cae sobre el limpio espejo  
Una gota de espuma de la ola,  
Que va a turbar al astro su reflejo  
I luego muere entre las ondas solas.

¿Visteis entónces de sus ojos bellos  
Desprenderse un dulcísimo fulgor,  
I empañarse un instante esos destellos  
Por solitaria lágrima de amor?

¿Oisteis de la brisa que se aleja  
Entre las flores el fugaz rumor,

Imitando talvez la suave queja  
De una ave herida por mortal dolor?

¿Oisteis ese acento misterioso  
Que se pierde en los ecos al pasar,  
Dulce i triste a la vez, pero amoroso  
Que se escucha en las márgenes del mar?

Entónces oisteis su arjentino acento  
Vibrar, haciendo estremecerse al alma,  
I entre los pliegues del lijero viento  
Llevar al pecho del que sufre, calma.

I de la mar entre la blanca espuma  
¿Visteis al cuervo tornasol nadar,  
Ajitando jentil su negra pluma  
Sobre flores de nácar i de azahar?

Su frente así blanquísima i serena  
Entre cabellos de ébano luciente,  
Levanta al cielo sin saber que hai pena  
Que se oculte en su seno i en su mente.

Amarla a ella i de su labio un dia  
Oir el sí de un ardoroso anhelo,  
Tocar su frente con la frente mia  
I sus manos besar—¡hé ahí el cielo!

Mas ¡ah! que aquí bajo mi pecho el llanto  
Dejó inexhausta la amorosa pira:  
He llorado de amor, he amado tanto  
Que ya mi corazon, ya no suspira.

¡Oh mujer de suavísima hermosura!  
¿Por qué te conocí cuando perdida  
La ilusion de mi alma i la ternura,  
Nada espero adorar aquí en la vida?

¡Si pudieras tú ver aquí en mi pecho  
Cuánto pueden los tristes desengaños!  
Cuántos estragos el dolor ha hecho  
¡Ai tan temprano i en tan pocos años!

No confío en tu amor, mas no te ofenda  
Si a falta, amiga, de felices lazos,  
Te arrojó hoi a los piés como una ofrenda  
Mi pobre corazon hecho pedazos.

Santiago, enero 25 de 1876.

PABLO ORTIZ ALLENDE.

A las lectoras i colaboradoras de "La Brisa de Chile."

Ante todo, amables lectoras, os exijo una buena dosis de induljencia, pues, por la primera vez de mi vida, tomo la pluma para escribir públicamente. Mi tocaya es la que con su ejemplo, su entusiasta llamamiento me ha hecho salir de mis casillas, i héme aquí ya metida a literata.

Empiezo: Mas, ¿por dónde principiar?... me encuentro confundida.... dispensad, queridas compañeras mi inexperiencia, mi timidez.

Quisiera hablaros de alguna cosa útil, mas sin querer, mi pensamiento vaga por las pintorescas calles del jardin i sobre todo recuerdo pertinazmente un sofá donde se sienta un jóven con el semblante mas melancólico que he visto, con la vista fija, el brazo apoyado en el respaldo del sofá i en él apoyada la cabeza. En esa inmovilidad lo he visto horas enteras. En vano me pregunto ¿será poeta? ¿será filósofo? sin que mi intelijencia se dé una segura respuesta, i sin poder satisfacer mi natural curiosidad. Pasemos ahora a otra cosa.

Se nos ha dicho siempre que las mujeres queremos saberlo todo, que cuando no quieren descubrirnos un secreto, sentimos un malestar inexplicable, en fin, que somos mui curiosas, i sin embargo, ¿cuántas veces hemos oido repetir hasta el cansancio que la tierra oculta muchos útiles secretos, secretos maravillosos i hemos permanecido impasibles?

Si es cierto que somos curiosas ¿no habriamos escudriñado nuestra intelijencia i rejistrado muchos libros para saciar nuestra curiosidad? Mas, tristemente no sucede así. Un filósofo ha dicho:

"La curiosidad es madre de la ciencia." Ahora, siendo nosotras tan anhelantes por adquirir conocimientos, por saberlo todo, es claro que debiamos ser las personas mas ilustradas. ¡Cuán distante estamos de serlo! Se dice que el exquisito gusto que la mujer posee, la inclinan mas bien a las bellas artes que a la ciencia. Nadie, en verdad, como nosotras para confeccionar un ramillete, a cada flor hacemos expresar distintos pensamientos. ¿Cuántas mujeres no se han distinguido en la pintura i las bellas letras, i cuántas no han hechizado, por decirlo así, con la música i el canto? ¡Qué adorable se hace una niña que demuestra humildemente tan hermosas cualidades! En fin, ¿qué atractivo, qué felicidad no trae al hogar una mujer que distraiga i divierta con su amena conversacion, con sus bellas gracias a su esposo i se divierta tambien a sí misma? Allí, durará eternamente la ilusion, allí, todo será contento i se pasará la vida alegre i felizmente.

Mas, creo no se reduce a esto solo lo que tenemos que saber; la tierra oculta muchas preciosidades que son la ocupacion constante de muchos hombres distinguidos, preciosidades que yo solo conozco de nombre pero que haré lo posible por saber, aunque solo sea por no desmentir el nombre de *Curiosa*.

Si, compañeras, necesitamos leer i leer mucho para conquistar algunos peldaños en la luminosa escala del mundo intelectual. I, sobre todo, venced vuestra timidez, escribid como yo lo hago, escribid para el público con la misma franqueza, con la misma naturalidad que escribierais a una amiga. ¡Animaos, hermosas sanfelipeñas, desahogad en las columnas de la BRISA vuestros risueños pensamientos! Ahí teneis la naturaleza, ese gran libro

abierto que os mostrará sus secretos, sus encantos, sus armonías, apénas abrais los ojos.

¿Cuántas inteligencias se encuentran hondamente oscurecidas por la falta de cultivo, semejante a una piedra preciosa que no se conoce su valor hasta que no ha pasado por la mano del hábil lapidario? I ¿cuántas no pasan desapercibidas porque no se atreven a mostrar sus dotes naturales, ya por exajerada timidez, ya por escrupulosa modestia? Aprended de la modesta violeta que esparce su perfume a gran distancia apesar de ser tan pequeña flor. No os arredre, queridas compañeras, el temor a la crítica, que es natural sean vacilantes nuestros primeros pasos. Aprended, en fin, de mí que he tenido la osadía de escribir i dirigirme a inteligencias mui superiores a la mia.

MARÍA LUISA CERNA.

### Pensamientos a orillas del mar.

Sobre una roca, batida por las olas, contemplaba yo una tarde el Océano. Mil ideas en confusion se agrupaban a mi mente. Habria querido penetrar sus misterios, sondear sus abismos, afrontar sus tormentas.

¡Verne, jenio seductor! conducidme con la varilla mágica de vuestra ciencia portentosa, a ese mundo submarino que habeis visitado; llevadme a los reinos encantados de los cetáceos, los crustáceos, los moluseos, los zoofitos; mostradme sus magníficas ciudades, sus rios caudalosos, sus valles profundos, sus montañas escarpadas, sus volcanes en erupcion.

¡Oh, vasto océano! cuántas maravillas en tu seno se encierran; pero tambien, cuán traidoras son tus ondas.

¡Cuántos zafos obsecadas han hallado en tus aguas el castigo de su pasion insensata por Faones insensibles! ¡Cuántos argonautas, atrevidos, conquistadores del vellocino de oro, se han ido al fondo de tus abismos con sus naves i su tesoro! ¡Cuántos valientes guerreros han encontrado espantosa muerte en olas enrojecidas con su propia sangre!

Embebida en estas reflexiones no advierto que la marejada sube: el ruido creciente de las olas enfurecidas que se estrellan con ímpetu, levantando montañas de espumas, me sacan de mi abstraccion, me hacen perder el hilo de mis meditaciones i me obligan a ponerles término.

Entre tanto, el sol en su ocaso despide, a travez de la bruma que se extiende por el horizonte, sus últimos destellos pálidos, sin brillo, cuál las miradas del moribundo al hundirse en la eternidad.

Mañana, empero, se levantará por el oriente mas bello i radiante a cumplir su mision

eterna. ¿Volveré yo tambien a continuar mis reflexiones sobre la roca? No hai cosa mas efímera en la naturaleza que la existencia humana i nada puedo asegurar.

ENRIQUETA SOLAR.

### GRITOS DEL ALMA.

Los corazones sensibles, aspirantes al bien, amantes de todo lo bello, simpáticos a todos los infortunios, son por lo comun los mas combatidos por la tormentas de la vida. ¿Por qué el mio, destinado a sufrir el embate de rudas pruebas, no ha tenido mas fortaleza para resistirlas? ¡Ai! Mis penas han sido grandes, mi resistencia poca i ya me siento sucumbir.

Terribles tempestades se levantan en mi alma, i no diviso una estrella salvadora, no veo el iris de paz, nuncio de bonanza en las borrascas. No tengo siquiera lágrimas que alivien mi corazon saturado de amargura; seco está como el árbol herido por el rayo, cuya sávia ha sido agotada i las hojas consumidas por el fuego del cielo.

Como la roca expuesta al empuje de las olas, concluyo por ceder, se rompe i salta en mil pedazos: así mi corazon, a todo momento asediado por las oleadas del infortunio, al fin estallará.

¡Estalla, pues, triste corazon, muerto para el contento i vivo tan solo para el dolor! ¡Estalla, pobre corazon, que has sufrido un martirio prolongado, incesante, atroz! ¡Estalla, obsecado corazon, que aspiras a un bien imposible de alcanzar!

ENRIQUETA SOLAR.

### FOLLETIN.

## LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

—Déjate de bromas, contestó Manque; bebamos mejor, i olvídate del Ermitaño, que talvez sea el diablo. Nadie sabe de qué se mantiene. Jamas se le ha visto comprar nada para comer, ni se sabe dónde vive. Yo i mi compadre José hemos buscado muchísimo, de dia algun rancho por el lado donde él se pierde, que es como a dos leguas de aquí, i no hemos encontrado ni rastros de habitacion. Aquí

todos le tememos. Si es cosa buena ¿por qué se esconde?

—Tienes razon; pero de todos modos yo querría verlo.

I el moceton se puso de pié, fué a la puerta del rancho, la abrió i miró hácia afuera.

La noche era completamente oscura.

—Es imposible ver nada con esta noche, dijo volviendo a su asiento. Pienso como tú, Manque, que lo mejor será beber i dormir despues que acabemos este poquito de aguardiente. ¡Vamos, Manque! la mitad cada uno.

Los dos interlocutores se repartieron el tesoro, preparándose para saborearlo poco a poco, como buenos bebedores.

Miéntas tanto, Blanca, que se habia acercado de nuevo al lugar de la escena, no perdía una sola palabra de esta conversacion.

Habria querido hablar e interrogar a su vez a Manque sobre el misterioso Ermitaño; pero el temor de llamar hácia ella la atencion de los dos indios i distraerlos así de su tarea, la detenía.

Esta tarea era importante para nuestra heroína: esperaba que Manque i el moceton cayesen al fin, como sus compañeros, rendidos por el exceso de la bebida.

Entóces quedaria sola, es decir, libre. Libre, ¿para qué? Blanca no lo sabia aun claramente; pero el solo hecho de encontrarse por fin fuera de la opresion que ejercian sobre ella las miradas de sus infames raptos, ensanchaba su ánimo.

La mujer de manque dormia tambien.

La ansiedad i la esperanza coloreaban el bello semblante de la jóven.

Evidentemente presentia un salvador en el solitario de aquellas montañas, en el Ermitaño, como le llamaban al lugar. Su pensamiento, era indudable, estaba fijo en este misterioso habitante de las selvas.

Era español como ella, un motivo mas que la atraía.

Blanca no podia pensar como aquellas pobres jentes ignorantes i supersticiosas, por consecuencia, que aquel buen hombre fuese algo de sobrenatural. Tal pensamiento quimérico i absurdo no debia tener cabida en una mujer como la señorita de Mendoza.

El Ermitaño seria un sacerdote talvez que, arrebatado por un exajerado celo religioso, se habria retirado a la soledad i condenado al aislamiento para estar mas en contacto con la Divinidad, para elevar su espíritu a las sublimes rejiones de lo desconocido, sin trabas, desprendiéndolo del mundo, que lo estrecha i entorpece. . . .

Alguna de esas almas tiernas i calorosas que, enaltecidas por la fé, se apartan para consagrarse a la oracion . . .

Uno de esos corazones ardientes i cándidos que, abrasados por el fuego sagrado, se retiran para entregarse por completo a las castas delicias del amor divino. . . .

Uno de esos seres, en fin, que suspendidos entre la tierra i el cielo, su constante aspiracion, huyen del comun de los hombres i viven solo en Dios.

(Continuará.)

## REVISTA DE SAN FELIPE.

¡Qué hermosas son las noches de febrero, lectoras!

¡Qué agradables las brisas que las acarician!

¡Qué esplendente la luna que las ilumina!  
¡Por do quier vemos sonreír a la naturaleza que nos habla a cada paso i nos convida a amar!

Ora vemos a alguna tierna flor que tiembla de amor al contacto de la amorosa brisa, ora a alguna casta vírjen que jura a su amante un amor eterno, teniendo por testigo a la melancólica luna. Todas esas bellezas, ¿no es verdad, lectoras, que encantan, que fascinan?

Excusado me parece deciros que el jardin continúa siempre concurrido, i cada vez mas bellas las ninfas que lo adornan.

Recomendamos al público asista mañana al variado espectáculo que se nos presenta en nuestro coliseo. Tanto por lo variado de la funcion, cuanto porque contribuyen con ello a la realizacion de una obra que por tanto tiempo se trata de llevar a cabo.

VICENTILLO QUITAPESARES.

## AVISOS.

VENTA.—Por escritura hecha el 16 de junio de 1868, ante el escribano público que fué de esta ciudad, don Félix José Gonzalez, doña María del Cármen Bruna vendió a don Fernando Muñoz un sitio *ad corpus*, situado en la subdelegacion 12 de este departamento, a deslindes: por el norte, con terrenos de don Juan Diego Bruna; por el sur, con fundo de doña Felipa Bruna; por el oriente, calle de por medio con propiedad de don Juan Zoilo Alvarez; i por el poniente, con terrenos de la testamentaria de don José Toribio Jimenez.

San Felipe, enero 28 de 1876.

VENTA.—Por escritura hecha ante el escribano de los Andes, el 3 de abril de 1872, don José Santos Contreras vendió a don Fernando Muñoz un terreno situado en la subdelegacion 12 de este departamento, a deslindes: por el norte, con don Fernando Medina; al sur, con herederos de don Eduardo Alfaro; al oriente, con el comprador, calle de por medio; i al poniente, con testamentaria de don José Toribio Jimenez i otros.

San Felipe, enero 28 de 1876.

Imp. de "La Estrella de Chile."